

In Memoriam. Carmelo Lisón Tolosana

Real Academia de Ciencias Morales y Políticas

Jaime Terceiro Lomba

26 de octubre de 2021

No me resulta posible hablar hoy aquí del que fue nuestro compañero Carmelo Lisón sin un profundo sentimiento de emoción y también de gratitud, no solo personal, sino también académica.

La causa de mi emoción está en su persona, en lo bueno e íntegro que era, y en la estrecha amistad que nos unía. Sí, me he sentido muy amigo suyo. Mi gratitud privativa deriva de lo mucho que aprendí de él sobre mi tierra: Galicia. Y mi reconocimiento académico tiene causa en que su cercanía y su obra, o mejor dicho una parte de ella, me hizo un mejor profesional de la economía.

Nuestro compañero Carmelo Lisón falleció el 17 de marzo de 2020 a los 90 años, en las semanas en las que arrancaba la terrible pandemia que hemos vivido, y que fue la causa de que este acto se demorara en el tiempo. Había tomado posesión de su plaza en esta Academia el 4 de febrero de 1992 con un discurso titulado «*La imagen del Rey: Monarquía, realeza y poder ritual en la Casa de los Austrias*». Desde entonces muchos y variados son los temas que abordó en sus muy apreciadas intervenciones en el Pleno de la Academia. La primera vez que hablé con él fue con motivo de mi candidatura a esta corporación, hace ya más de un cuarto de siglo. Intercambiamos entonces unas breves palabras, cuando yo solo había oído hablar vagamente del profesor Lisón Tolosana y de su inmensa actividad académica.

Desde aquella fecha todavía, y mucho lo lamento, tardé algunos años en darme cuenta de la magnitud humana e intelectual de Carmelo. Cuando uno ya ha dejado atrás las etapas más relevantes de su vida, es cuando ciertamente echa en falta no haber estado más cerca de personas como él muchos años antes. Se me hizo muy corto el tiempo en el que gocé de su cercanía. En todo caso, mi memoria y respeto hacia Carmelo serán inacabables.

El profesor Sanmartín ya nos ha recordado su trayectoria académica, a la que poco más quisiera añadir que resaltar lo singular de su camino al doctorado que obtuvo en la Universidad de Oxford.

Fue una vez terminada su licenciatura de Filosofía y Letras en la rama de Historia, con premio extraordinario, en la Universidad de Zaragoza, cuando se empezó a interesar por la Antropología, previa lectura de algunos autores alemanes. Empezó entonces un arriesgado viaje a Múnich, donde estuvo los

meses suficientes para darse cuenta de que el tipo de investigación que a él le interesaba se desarrollaba en aquellos años en Inglaterra. Allí se trasladó, con un nulo conocimiento del idioma, y en estas condiciones se presentó al director del Departamento de Antropología del *University College* de Londres. Después de un curso en este centro fue admitido como *scholar* en el *Exeter College* y, posteriormente, como *Visiting Fellow* en el *St. Antony's College* de la Universidad de Oxford. Allí se graduó en Antropología Social en 1959 y obtuvo el grado de doctor en 1963.

Todo este itinerario —un animoso e incierto ejercicio de prueba y error— hacia el objetivo que se había propuesto estuvo condicionado, en un principio, por la parquedad de sus recursos económicos y, ya más tarde, a las sucesivas becas y ayudas, algunas de gran prestigio, que le fueron concedidas. Como se podrá comprobar, un derrotero mucho más problemático del que años después, y afortunadamente, se consolidó como el procedimiento estándar para ser admitido, y conseguir la financiación correspondiente, en universidades de prestigio fuera de España para la ampliación de estudios. También en esto fue un pionero.

De su obra publicada escogeré una pequeña muestra para procurar poner de relieve lo mucho que de Carmelo aprendí. Por admirable que pueda parecer, también de él aprendí a intentar saber estar en esta Academia. No es fácil, al menos para alguien con mi formación, integrarse en un foro como el nuestro en el que, por otra parte, la interdisciplinariedad es uno de sus grandes activos. De esta dificultad me di cuenta bien temprano, y Carmelo expuso su punto de vista al respecto aquí, por última vez el 20 de octubre de 2009, cuando nos dijo al final de su ponencia titulada «*Antropología aplicable*»:

Que la interdisciplinariedad es necesaria, pero que también tiene límites; es necesario acercarse y otear otros campos y disciplinas, pero desde el propio y con la propia. En cuanto antropólogos no somos médicos ni políticos ni moralistas etc., estos profesionales hacen mejor su propio oficio que nosotros; a nosotros nos corresponde cumplir con nuestro rol y profesión, a saber, hacer Antropología *per se*, Antropología de la buena y ésta será siempre *aplicable*... por otros, por expertos; la buena voluntad de ayudar al prójimo no basta.

En efecto, siempre es inteligente analizar un problema desde disciplinas distintas, a reserva de que la aproximación que se hace desde cada una de ellas tenga la solvencia necesaria. Sin embargo, y con frecuencia, las aproximaciones multidisciplinares se confunden con la frívola utilización de las herramientas de una de las disciplinas por las otras. Llegado a un determinado punto de la reflexión, Carmelo lo decía de una manera más hermosa y precisa: «mi frágil pala antropológica se quiebra una vez más y cede el paso a otras disciplinas».

Muchas veces hablé con Carmelo de y sobre Galicia, con la que tuvo su primer contacto en el otoño de 1963, casualmente en las fechas en las que yo me vine a Madrid a empezar mis estudios universitarios. Como recuerda en alguna de sus monografías dedicadas a mi tierra, fue en ese año cuando hizo un inicial recorrido de su geografía tomando notas de todo tipo, fotos de aldeas, de viejas casas blasonadas, de vetustas iglesias parroquiales y de *labregos* y *mulleres* en su quehacer ordinario. También aprovechó aquella primera estancia para hacerse con una agenda de direcciones y contactos en el entorno rural que le fueron prestadas por notarios, médicos, abogados, farmacéuticos, sacerdotes, folcloristas y profesores a los que previamente se había acercado en las ciudades. Con este crédito ajeno y una carta de presentación de la Universidad de Oxford para las autoridades correspondientes tomó, a principios de 1964 y con su inseparable Julia, el bordón de peregrino etnográfico y el zurrón antropológico que colmó de notas, fotografías y películas. Este trabajo de campo duró dos intensos años, y en él recorrió decenas de miles de kilómetros en automóvil, a pie, en mula y en barca. Como alguna vez me comentó, durante aquellas largas jornadas de trabajo sus interlocutores no acertaban a saber cuál era el propósito de su tarea y mucho menos a atinar con su profesión. Lo llegaron a tomar por chamarilero e incluso por brujo, y en ocasiones la bruja local le llegó a proponer un trueque de recetas, bendiciones y esconjuros. Pues bien, sobre todo este material ha reflexionado y escrito el profesor Carmelo Lisón durante más de cincuenta años.

Conocía bien la variedad de la cultura popular gallega en todas sus áreas, formas y maneras, y, como dejó dicho:

Las creencias, cuentos, apotegmas, decires y cantares, leyendas etiológicas, ritos, figuras sintéticas y mitos expresan un sentido de profundidad e infinitud que va mucho más allá del hecho en su apariencia empírica y de lo que el sintagma transmite.

Hace ya tiempo que cada año dedico algunos días, en sus distintas estaciones, a recorrer la Sierra del Caurel, en la provincia de Lugo. En mis caminatas por aquellas aldeas, valles y montañas siempre retoñan algunas de las incontables experiencias de Carmelo por esos lugares, que él habitó bastantes décadas atrás. A mi vuelta del Caurel, de manera asidua, comentábamos algún detalle concreto de mi última excursión que él invariablemente complementaba con inteligentes observaciones y con la tímida sugerencia de la lectura de alguno de sus escritos. Llevo ya dos años sin poder hacerlo, y tanto que lo extraño. Pero también creo que aquellos caminos, aquellas *corredoiras*, lo echan mucho de menos. Tan sabio aragonés me enseñó a entender mejor a mi tierra gallega.

Valga un simple ejemplo. En su libro *Galicia, singularidad cultural* Carmelo da cuenta de que fue precisamente en Visuña, una remota aldea del municipio de Folgoso de Caurel, donde por primera vez oyó el aforismo *Deus é bo, pero o*

demo tampouco che é malo en la versión más o menos castellanizada de *Dios es bueno pero o demo no es malo*. Se la había dicho uno de sus informantes, a la hora de despedirse después de una larga conversación y no quería olvidarla, por eso así, al pie de la letra, la recogió celosamente en un cartón blanco en el que guardaba los cigarrillos. En el trayecto que lo llevaba desde allí hasta Cervantes, camino de Monforte de Lemos, nos cuenta Carmelo que fue anotando pequeñas variaciones de esta frase.

Años más tarde la retomó con un sinfín de interrogantes de no fácil respuesta, pero que él estaba seguro de que exigían una reflexión antropológica. Por ejemplo, cuando se pregunta si cuestiona o propone una verdad escéptica, nos responde que

La duda es inherente a la creencia, con la que le une un vínculo lógico; la incertidumbre es inseparable, además, de un horizonte de creencia instalado en un modo de vida, modo que la cimienta y le aporta validez situacional.

También nos sugerirá que este apotegma nos habla de la polaridad como modo de clasificación, y de que un término llama, por contraste, a su particular opuesto, *dios* y el *diablo*, poniendo de relieve que nos movemos en esquemas duales. Así, hablamos de hechos reales y fantásticos, de comportamientos religiosos y profanos, o legales e ilegales y, en fin, de valores morales e inmorales. Nos enseña el profesor Lisón que en el citado apotegma este tipo de formulación bipolar no es precisamente la oposición formal, sino la dulcificación de la radicalidad de esa oposición. Igualmente nos señala que los considerados protagonistas de la ambigüedad se adelantaron a la celebración posmoderna de la duda y de la incertidumbre, y también al elogio de los límites de la razón. En definitiva, Carmelo nos dice que el aludido aforismo de *Dios es bueno, pero el diablo tampoco es malo* nos habla de la «Galicia relativizadora de ismos, licuadora de categorías, disolvente de fronteras» y, en fin, de su perfil abierto y de su carácter incluyente. Dicho de otra forma, «la que nos hace a todos humanos, aunque de varia manera».

A mí solo me cabe añadir que no es de extrañar, dados sus vínculos literarios y familiares con varios lugares de Galicia, que Fernando Pessoa recoja este comentado aforismo en su *Libro del desasosiego*, publicado por primera vez en 1982, 47 años después de su muerte. Así aparece en alguna de sus ediciones, que no en todas, en portugués: *Deus é bom mas o diabo também não é mau*.

Seguramente el nobel de Economía Douglas North es la figura más representativa de la que conocemos como la teoría económica de las instituciones. Caracteriza North las instituciones por tres de sus dimensiones: en primer lugar, la dimensión formal, es decir, el conjunto de normas legales, organizaciones políticas, económicas y sociales creadas tanto por el Gobierno

como por la iniciativa privada; en segundo lugar, la dimensión informal, representada por los sistemas de valores y convenciones sociales que rigen y condicionan el comportamiento de los ciudadanos; en tercer lugar, los mecanismos que garantizan el cumplimiento de las normas y contratos.

Las instituciones, según North, constituyen las reglas de juego de una sociedad, es decir, el conjunto de restricciones desarrolladas a lo largo del tiempo que conforman la interacción humana dentro de ella. Aunque las reglas formales pueden cambiar en un corto plazo de tiempo como resultado de decisiones políticas o económicas, tanto las informales como los mecanismos de cumplimiento de unas y otras lo hacen en períodos de tiempo mayores. Como consecuencia, en la práctica existe, frecuentemente, una visible divergencia entre la norma y la realidad, entre los resultados y las intenciones.

Pues bien, es precisamente a la dimensión informal de las instituciones a la que el profesor Lisón Tolosana le prestaba especial atención, y a la que los economistas debiéramos otorgar mucha más de la que le concedemos. Dicho sea con sus palabras:

La etnografía nos proporciona conocimiento concreto, nos adentra en constelaciones particulares de situaciones humanas, nos pone en relación con hombres y mujeres en su diario vivir, con sus tradiciones, costumbres, creencias, temores, esperanzas y tensiones, con sus normas y transgresiones. Al argumento formal científico, libre de valor, contraponen narrativas factuales y argumentos substantivos, empíricos, en situaciones y contextos cargados de significado y densos en valor.

El olvido de la dimensión informal del tramado de instituciones de determinados países ha conducido a verdaderos desastres no solo económicos, sino también políticos. Volvamos, otra vez, al profesor Lisón cuando afirmaba aquí, en la citada ponencia de octubre de 2009, que «Necesitamos imaginación antropológica para re-pensar la guerra contra el terror, el eje del mal, las inevitables crisis políticas venideras» y agregaba:

Ayudaría mucho a la autoridad militar que conociera mejor la estructura social y la historia local y política para encauzar sobre base real los problemas; lo mismo vale sobre los talibanes que sólo se combaten con las armas que ya fracasaron en Vietnam.

Ya dos años antes también nos recordaba, en su ponencia «*Modos de ver, maneras de actuar*», que:

Tenemos que exponer la realidad y fundamento humano de estos problemas y su envoltura cultural pero siempre teniendo como meta hacer lo nuestro con atención al detalle y al matiz.

Hoy somos conscientes de los errores cometidos, sucesivamente, en Vietnam, Irak o Afganistán. Volviendo a los esquemas duales a los que hacía referencia nuestro compañero, este tipo de guerras no son realmente entre buenos y malos, sino entre distintos valores y culturas. Los recientes acontecimientos en Afganistán me llevaron a repensar el tipo de análisis interdisciplinar al que se refería el profesor Carmelo Lisón, ya que, como hemos dejado señalado, era bien consciente de que no hay una única aproximación a este tipo de problemas, ni siquiera la antropológica.

La invasión de Irak es un buen ejemplo para esta clase de ejercicio. Recuérdese que el debate entonces era si la presencia de armas de destrucción masiva podía justificar la invasión de Irak y si una estrategia alternativa era continuar con el proceso de inspección dirigido a la búsqueda de tal tipo de armamento. Por eso no está de más traer aquí, al menos parcialmente, alguna de las razones políticas que se dieron entonces para evaluar con mayor cautela la invasión de aquel país, y que complementa la razón antropológica que Carmelo nos dejó por escrito. Un buen ejemplo lo tenemos en la intervención del ministro de Asuntos Exteriores de Francia, Dominique de Villepin, en el Pleno de la ONU el 14 de febrero de 2003, cuando dio las razones políticas con las que su país se opuso a la invasión. Esta es la última parte de su discurso:

La opción de la guerra puede parecer, *a priori*, más rápida. Pero no olvidemos que, tras haber ganado la guerra, hay que construir la paz. Y no nos engañemos: será una tarea larga y difícil, pues hay que preservar la unidad de Irak, restituir una estabilidad duradera en un país y una región enormemente afectados por la intrusión de la fuerza. Frente a estas perspectivas, está la alternativa que ofrecen las inspecciones, que permite avanzar día a día por la vía de un desarme pacífico de Irak. A fin de cuentas, ¿no se trata de la opción más segura y rápida? Nadie puede afirmar hoy que el camino de la guerra será más corto que el de las inspecciones. Nadie puede afirmar tampoco que desembocará en un mundo más seguro, más justo y más estable. Pues la guerra es siempre la constatación de un fracaso.

Desde luego, hace veinte años aún no se había generalizado la política de *fake news*, pero, indudablemente, la imaginaria presencia de armas de destrucción masiva en Irak fue una de las primeras y más devastadoras de este tipo de patrañas. Hay que recordar, de acuerdo con un informe del *Center for Public Integrity*, que la Administración del presidente Bush difundió entre los años 2001 y 2003 un total de 935 declaraciones falsas referentes a la presunta amenaza de este tipo de armas.

El profesor Lisón nos recordaba, en la sesión del 4 de marzo de 2008, en su ponencia con el clarificador título de «*El Mal es el otro y... nosotros*», cómo en plena guerra contra el *eje del Mal*, un predicador favorito en la Casa Blanca afirmó que «el Dios del Islam es un Dios diferente... el Islam es el mal y su religión malvada». Terminaba nuestro compañero señalando que

Identidad, nacionalidad, religión, ideología, historia personal, geografía y conjunto de intereses condicionan la aplicación moral del lenguaje apocalíptico.

Un editorial del *The Economist* del pasado mes de agosto planteaba el fiasco que supuso la misión de 20 años en Afganistán en estos términos: Estados Unidos ha gastado más de 2 billones de dólares; se han perdido más de 2000 vidas estadounidenses, sin mencionar las de otros países y, sobre todo, las innumerables afganas; y, a pesar de ello, Afganistán ha vuelto al punto de partida. Los talibanes controlan más el país que cuando perdieron el poder y están mucho mejor armados, ya que han tomado las armas que Estados Unidos derramó sobre el ejército afgano y, además, se han reafirmado definitivamente derrotando a una superpotencia.

Es obvio que en todo este proceso también han jugado un papel muy relevante los incentivos económicos. El premio nobel Joseph Stiglitz calcula que una cifra conservadora del coste de las guerras de Irak y Afganistán, solamente para Estados Unidos, se eleva a más de 5 billones de dólares. Al cabo de los años, no debiera ser difícil identificar las empresas y sagas familiares que, de una u otra manera, han sido beneficiarias de tan extravagantes cifras, que al final terminaron armando a los talibanes.

Probablemente el ejemplo más representativo, en el ámbito económico, del error implícito en el olvido de la dimensión informal de las instituciones es el que se conoce como Consenso de Washington, término acuñado en 1989 por el economista John Williamson. Con el acuerdo del Fondo Monetario Internacional, del Banco Mundial y del Departamento del Tesoro de los Estados Unidos, se pactó un conjunto de diez amplios grupos de recomendaciones económicas concretas que se consideraron como el paquete de reformas «estándar» para los países en desarrollo. Ingenuamente se creyó que también en materia económica hay políticas válidas para cualquier país y en cualquier instante.

Hoy sabemos bien que no se pueden hacer afirmaciones tajantes sobre las virtudes de la liberalización, la desregulación, la privatización y el libre mercado en un determinado país sin tener en cuenta su contexto social y cultural, así como su nivel de desarrollo económico. También hoy la evidencia empírica más solvente nos fija los límites de lo que sabemos, resalta el pragmatismo y el gradualismo, y alienta a los gobiernos a experimentar sin prejuicios previos. Así lo expone el profesor Dani Rodrik en su libro *Economic Rules*, que es a la vez una crítica muy contundente a algunas de las políticas económicas aplicadas en el pasado y una defensa muy brillante de la ciencia económica. Después de tan llamativos fracasos, se puede afirmar que si ahora hubiera que redactar un nuevo Consenso de Washington su texto se debería escribir en los respectivos países y no en Washington. Y esto ya es un verdadero avance.

Volvamos, para ilustrar la afirmación anterior y alguna otra con la que completaré esta intervención, a releer al profesor Carmelo Lisón. Concretamente dos párrafos de su disertación en el pleno de nuestra Academia del 30 de noviembre de 2004 titulada «*La Otra Vía (Ciencia y razón antropológica)*». El primer párrafo dice así:

En la explicación científicamente científica sólo una opción es en principio posible: su aceptación, vale para todos los tiempos, espacios y culturas. Pero esa explicación rara vez está sobredeterminada por los fenómenos reales objetivos, por lo que precisa de interpretación de su sentido, interpretación que puede ser impugnada por teorías rivales que a su vez pueden ser correctas, aceptables simultáneamente o falsas —recordemos las teorías del origen del universo—. La interpretación, que es a la vez compleja y flexible, modera la rígida dicotomía entre órdenes de pensamiento —verdadero/falso, objetivo/subjetivo— porque sus contornos son un tanto vagos y fluidos y, no menos importante, establece un puente que ayuda a calibrar lo que hay en la realidad y lo que aportamos. Además, toda interpretación dice algo sobre el interpretante.

O dicho con la viveza intelectual de José Bergamín: «Si yo fuera un objeto, sería objetivo; como soy un sujeto, soy subjetivo».

El segundo de ellos es el siguiente:

El argumento científico busca la explicación universal expresada en teorías y principios abstractos y formales, válidos para siempre y en todo lugar; la Antropología es una disciplina humanística que investiga lo humano en su situación cultural concreta, en el contexto del dónde, del cómo y del cuándo [...] Cultivamos nuestro pequeño jardín del detalle y del caso porque lo general es banal y vacío, priorizamos la particularidad que no se puede deducir de principios genéricos teóricos, pero lo hacemos desde la empatía e inmediatez personal, en razonamiento concreto y penetración profunda desde la que generalizamos por comparación. Los métodos son para los problemas, y los procedimientos para el análisis de comunidades y grupos en su contexto y situación no los reverenciamos como verdades indudables, permanentes y universales.

Sin lugar a duda, la concesión del Premio Nobel de Economía es seguida con especial atención por el mundo académico y empresarial. La calidad del conjunto de los premiados dice mucho del riguroso proceso de selección y también de la vertiente progresivamente más empírica de la economía, que hace que al menos en la utilización de ciertas técnicas se asemeje a las ciencias de la naturaleza.

Pues bien, a alguno de estos premios me referiré a continuación para exponer, por sorprendente que parezca, cómo las citadas reflexiones del profesor Carmelo Lisón nos ayudan a interpretar mejor el trabajo de los premiados. Me centraré en aquella que dice que en las ciencias sociales, y en la economía en

particular, es difícil admitir «teorías y principios abstractos y formales, válidos para siempre y en todo lugar».

Cuando en el año 1974 el Premio Nobel de Economía le fue concedido a dos excepcionales economistas, el austríaco Friedrich von Hayek y el sueco Gunnar Myrdal, una miríada de comentaristas y académicos llegaron a la conclusión, y así lo dejaron por escrito, de que el jurado al tomar su decisión había querido llegar a un cierto «equilibrio ideológico», puesto que ambos galardonados se situaban en puntos radicalmente opuestos respecto a un problema tan relevante, en las economías de mercado, como es el de la eficiencia y la legitimidad del gobierno para intervenir en el orden social y económico.

Las preguntas que caben entonces son las siguientes: ¿Cómo es posible que ambos sabios tuvieran razón? ¿No habrá intentado el comité del Nobel, simplemente, cubrirse las espaldas contemporizando como lo hizo? Parece imposible pensar en la concesión en el mismo año del Nobel de Física o Química a dos personas por contribuciones contradictorias y que fueran admitidas por sus comunidades científicas.

Pero como bien nos recuerdan el profesor Dani Rodrik y el profesor Carmelo Lisón en los textos citados, hay una característica central de la ciencia económica que supone una diferencia clave entre esta y las ciencias naturales. En efecto, la economía se ocupa del comportamiento humano, que depende del contexto social e institucional en el que se desenvuelve. Ese contexto es a su vez el que condiciona, queriéndolo o no, el comportamiento humano. Esto implica que las proposiciones en la ciencia económica son típicamente específicas del contexto, más que universales. Las mejores y más útiles teorías económicas son aquellas que establecen vínculos causales claros a partir de un conjunto específico de supuestos dependientes del contexto en el que se hagan.

Llegados a este punto, cabe recordar que para que los recursos se asignen de forma eficiente en una economía de mercado han de cumplirse ciertas condiciones. Cuando alguna de ellas no se cumple, se habla de un fallo de mercado y, desde luego, la corrección de tales fallos requiere la intervención pública. Ahora bien, siempre hay que contraponer los fallos de mercado a los posibles fallos de la intervención pública. Los fallos de la intervención pública tienen su origen en un variado tipo de razones; por ejemplo, los reguladores pueden carecer de los incentivos adecuados para llevar a cabo políticas que sean eficientes, o pueden no tener información bastante y adecuada, o simplemente protegen determinados intereses privados en detrimento de la competitividad de la economía. Una cosa es intervenir para corregir los fallos del mercado y otra, bien distinta, es intervenir a favor de concretos intereses privados y empresariales. En un caso se defiende el mercado y en el otro se propicia una economía clientelar. Por esta razón, en la práctica de la política económica algunas veces hay que tener en cuenta la aproximación de Hayek y

otras la de Myrdal. Solamente a través de una rigurosa evidencia empírica y evaluación de las políticas públicas podrá dilucidarse entre una y otra, y no siempre es fácil.

Situación análoga a la descrita se dio, por ejemplo, cuando cuarenta años más tarde, en 2013, el premio les fue otorgado a Eugene Fama y Robert Shiller, junto con Lars Peter Hansen. También en esta ocasión se premió a dos economistas que tienen opiniones diametralmente opuestas sobre cómo funcionan los mercados financieros, y por tanto de cuál ha sido el origen último de la catastrófica crisis financiera que ha sufrido el mundo, y cuyas secuelas de desigualdad y aumento de populismos por doquier estamos hoy viviendo.

Fama, el economista de la Universidad de Chicago, es el padre de la *hipótesis del mercado eficiente*, la teoría de que los precios de los activos reflejan toda la información disponible públicamente, con la implicación de que es imposible hacerlo, de manera consistente, mejor que el mercado dejado a su libre albedrío. Mientras tanto, Shiller, el economista de Yale, ha pasado gran parte de su carrera demostrando que los mercados financieros funcionan mal: se exceden con frecuencia, están sujetos a lo que llamamos *burbujas* y a menudo están condicionados por *comportamientos* humanos, difícilmente explicables, y muy lejanos de las *fuerzas racionales* del mercado que promueve su compañero de premio Eugene Fama. Por cierto, el tercer laureado de ese año, Lars Peter Hansen, recibió su premio por diseñar técnicas estadísticas para indagar sobre el comportamiento de los mercados financieros.

Con arreglo a lo anterior, los mercados financieros se comportan a veces de acuerdo con la teoría de Fama y otras de acuerdo con la de Shiller. El valor de sus respectivas —y rivales— teorías es que disciplinan nuestra comprensión de qué tipo de comportamiento del mercado financiero cabe esperar bajo unas determinadas condiciones. Idealmente, también nos ayudan a elegir qué modelo o teoría debemos aplicar en una coyuntura particular, aunque esto no siempre es sencillo.

La capacitación en economía requiere aprender no solo cómo funcionan los mercados, sino también sobre sus fallos y los de las innumerables formas en que los gobiernos pueden intervenir en él. En definitiva, en saber cómo podemos defender mejor los mercados. Desafortunadamente, la evidencia empírica en economía no siempre alcanza a clarificar determinadas controversias de tal forma que lo pueda hacer con carácter universal. Con frecuencia se dice que con la estadística se puede demostrar cualquier cosa. Yo pienso casi lo contrario: con la estadística, utilizada de modo riguroso, se pueden demostrar muchas menos cosas de las que generalmente se afirman.

Carmelo era muy escéptico respecto a los resultados que con frecuencia se utilizan y se presentan, algunas veces con gran rotundidad, en las ciencias

sociales sobre la base de determinadas técnicas estadísticas, fueran estas encuestas o pretendidas relaciones de causalidad. Como queda dicho, no creía en las categorías; recuérdese el texto ya citado en el que indicaba que «cultivamos nuestro pequeño jardín del detalle y del caso porque lo general es banal y vacío». Huía de los estereotipos, postura que pienso que compartía con Walter Lippmann, quien afirmaba que los estereotipos son una simple «economía del pensamiento», que tienen lugar cuando el hombre no dispone ni de tiempo ni de conocimiento para responder a cada hecho con una completa e inteligente caracterización de sus aspectos distintivos.

Por lo que acabo de decir, puede tener sentido traer a colación un ejemplo más de un Premio Nobel de Economía. Concretamente el concedido este año, hace dos semanas, a los profesores David Card, Joshua Angrist y Guido Imbens. En los tres casos la Academia sueca «valora los avances cosechados en el campo de los llamados experimentos naturales, aquellos que extraen conclusiones de situaciones que surgen en la vida real y que se asemejan a experimentos controlados». Este tipo de experimentos naturales permiten responder con más rigor a las grandes cuestiones relacionadas con las causas y los efectos en el ámbito de las ciencias sociales. Es esta una alternativa al tipo de experimento que se conoce en la literatura como *experimento aleatorio controlado*, alguno de cuyos postulantes en economía recibieron el Premio Nobel de Economía dos años atrás.

Uno y otro tipo de experimentos fueron aplicados a casos concretos dentro de determinados contextos económicos y sociales. Específicamente, uno de los trabajos del profesor Card que ha sido muy influyente y que fue realizado junto con el profesor Alan Krueger, recientemente fallecido, compara los niveles de empleo en restaurantes de comida rápida en el Estado de New Jersey con los del mismo tipo de restaurantes en el este de su Estado vecino de Pennsylvania, después de que en el Estado de New Jersey se hubiera subido el salario mínimo en un 19 %. Así se hizo, porque se consideró que este tipo de actividad era particularmente sensible a las variaciones del salario mínimo. La conclusión que se obtiene es que la subida del salario mínimo no afectó al nivel de empleo en este tipo de restaurantes de New Jersey, que es el Estado en el que se subió significativamente el salario mínimo.

Una vez más, es importante señalar que este resultado, el hecho de que el nivel de empleo es invariante respecto a incrementos del salario mínimo, no debe aplicarse con carácter general a cualquier otra actividad, país o tiempo. Lo que realmente ha sido reconocido con este premio no son tanto los resultados de los casos particulares analizados, sino el rigor econométrico de la original metodología que se ha utilizado y la demostración de que los economistas podemos encontrar datos para responder a preguntas relevantes de política económica y social. Así se destaca, explícitamente, en la nota de prensa publicada por el jurado en la que de manera literal se dice que «los resultados

muestran, entre otras cosas, que aumentar el salario mínimo no necesariamente conduce a menos puestos de trabajo». En definitiva, un ejemplo más de que tampoco en esta materia del salario mínimo caben afirmaciones rotundas, en una u otra dirección, si antes no son respaldadas por análisis empíricos rigurosos dentro del contexto económico y social al que hacen referencia. Las políticas económicas concretas deben estar sustentadas en hechos y no en prejuicios.

Todo esto lo tenía bien presente nuestro compañero Carmelo Lisón cuando, en el párrafo final de la última intervención que tuvo en el Pleno de esta Academia, hace ahora tres años, escribía:

Lo relativo se formula en relación a algo, a un punto de vista y a un episteme, pone de manifiesto que se pueden ver las cosas bajo distinta luz, pero siempre, y a la vez, bajo la lámpara de la verosimilitud y desde la tozudez del hecho y sus consecuencias que no tolera disparates. No todo, ni mucho menos vale.

Quienes tuvimos la inmensa fortuna de tratarlo sabemos bien que Carmelo no era aleccionador, estaba libre de pedantería, y también era elegante y humilde, todos ellos atributos de la sabiduría.

Termino. El pasado otoño después de unos días en el Caurel me acerqué a Santiago de Compostela. A causa de la pandemia la ciudad estaba bellamente desierta; así pues, libre de la muy agobiante masificación y banalización de su centro histórico. Recordé, entonces, la descripción que hace Álvaro Cunqueiro de su llegada a Santiago en el camino que le trajo desde Piedrafita del Cebreiro, donde, por cierto, nuestro compañero tiene una calle con su nombre: *Rúa Carmelo Lisón*. Al final de esta descripción, dice Cunqueiro:

Ha cesado de llover y anochece suavemente. Al entrar en la catedral por la puerta de las Platerías saludo al rey David que allí está tan noblemente sentado, y le pido que pase, aunque sea una sola vez, el arco por las cuerdas de la viola. Porque estoy seguro de que aquí la piedra canta.

Pues bien, cuando ese día de otoño llegué y me detuve en la puerta de las Platerías todavía estaba lloviendo, y creí sentir que el rey David, leyendo mi pensamiento, pasó, otra vez, el arco por las cuerdas de su viola y, en este trance, la piedra cantó. Pero esta vez estoy seguro de que lo hizo por nuestro compañero Carmelo.